

# Raíces de nuestra fe

Chus Villarroel O.P.

La editorial Edibesa va a publicar próximamente un libro sobre “Convertidos”, en varios volúmenes. A mí me han encargado que escriba en siete páginas la conversión de Fray Julio Figar y en otras siete la de Fray Pedro Reyero. Al leer la última catequesis del Papa sobre San Pablo me di cuenta que Julio y Pedro la cumplieron a la perfección en su vida. Hay que reconocer que el Papa está que se sale en sus catequesis sobre San Pablo los miércoles. Son fabulosas y van a las raíces más profundas de la fe. Os voy a resumir la del miércoles pasado sobre la Justificación. Precisamente Julio y Pedro son dos hombres pioneros en vivir su justificación desde la perspectiva que nos proclama el Papa. Después de lo del Papa podéis comprobar lo que digo, leyendo las dos semblanzas de Julio y Pedro que vienen a continuación.

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles 26 de noviembre de 2008  
(ZENIT.org).-

Ofrecemos a continuación un breve resumen de la catequesis pronunciada este miércoles por el Papa Benedicto XVI durante la audiencia general que ha tenido lugar en el Aula Pablo VI, en presencia de Su Santidad Aram I, catolicós de Cilicia de los Armenios.

\*

\*

\*]

Queridos hermanos y hermanas:

en la catequesis del miércoles pasado hablé de la cuestión de cómo el hombre se hace justo ante Dios. Siguiendo a san Pablo, hemos visto que el hombre no es capaz de hacerse "justo" con sus propias acciones, sino que puede realmente convertirse en "justo" ante Dios sólo porque Dios le confiere su "justicia" uniéndole a Cristo su Hijo. Y esta unión con Cristo, el hombre la obtiene mediante la fe. En este sentido, san Pablo nos dice: no son nuestras obras, sino la fe la que nos hace "justos". Esta fe, con todo, no es un pensamiento, una opinión o una idea. Esta fe es comunión con Cristo, que el Señor nos entrega y que por eso se convierte en vida, en conformidad con Él. O con otras palabras, la fe, si es verdadera, es real, se convierte en amor, en caridad, se expresa en la caridad. Una fe sin caridad, sin este fruto, no sería verdadera fe. Sería fe muerta.

Hemos encontrado por tanto en la última catequesis dos niveles: el de la "irrelevancia" de nuestras obras para alcanzar la salvación y el de la "justificación" mediante la fe que produce el fruto del Espíritu. La confusión entre estos dos niveles ha causado, en el transcurso de los siglos, no pocos malentendidos en la cristiandad. En este contexto es importante que san Pablo, en la misma Carta a los Gálatas ponga, por una parte, el acento, de forma radical, en la gratuidad de la justificación no por nuestras fuerzas, pero que, al mismo tiempo, subraye también la relación entre la fe y la caridad, entre la fe y las obras: "En Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad" (Gal 5,6).

No os perdáis el resto de la catequesis. Para introducir a Julio y a Pedro, nos vale con esos dos párrafos.

**Fray Julio Figar O.P.**

El 28 de diciembre de 1981, a media tarde, viniendo de Ocaña a Madrid, Julio tuvo un accidente de automóvil y hubo de ser ingresado de urgencias. Había cumplido 27 años de edad y llevaba dos como sacerdote. Falleció unos días más tarde, el 1 de enero del 82. Viajaba sólo, por lo que todo lo referente al accidente quedó envuelto en cierto misterio. Eran días de mucha lluvia y es seguro que patinó y fue arrollado por un camión en el carril contrario. Durante esos cuatro días la clínica 1º de Octubre de Madrid vio desfilar mucha gente, impresionada por la noticia.

A pesar de su juventud, era ya un personaje muy conocido. La gente cercana al convento de los Dominicos de la carretera de Alcobendas, donde residió muchos años y, sobre todo, de los grupos de Renovación carismática, a los que Julio pertenecía, se agolpaban por los pasillos del hospital, en ocasiones hasta varias decenas de personas. Todos permanecíamos expectantes deseando que la evolución de las heridas fuera positiva. No fue así y, al final, Julio se nos fue ante la incredulidad y el estupor de muchos: “¿Cómo es posible que el Señor se lleve a una persona tan joven y tan prometedora?” Los cálculos humanos en estos casos se quedan sin respuesta.

En este libro se habla de personas convertidas, se cuentan testimonios de cambios de vida profundos. En cuanto a Julio, es lícito preguntarse: “¿Hubo tiempo en una vida tan corta para que ocurriera en ella un cambio radical?” Sí, hubo tiempo, y eso es lo que vamos a contar. Naturalmente, todo en él sucedió muy concentrado pero vivió actitudes suficientemente contrastantes para hacer interesante y ejemplar su testimonio. Nadie piense que Julio venía de la droga, el sida o alguna otra de las lacras sociales tan reiteradas y que tanto abundan en los testimonios actuales; lo suyo siempre ocurrió en las partes superiores del alma y del espíritu.

\*\*\*\*\*

A principios de los años setenta entró en el noviciado de los dominicos de Ocaña. Era un muchacho de buen natural, procedente de Asturias y de una familia tradicional y culturalmente cristiana. Tenía un carácter emprendedor y estaba dotado de cualidades de liderazgo. Le conocí desde el primer curso de filosofía y siempre vi en él un posible

militante y activista. Podía decantarse hacia cualquier parte. Las inquietudes del momento le marcaron el rumbo hacia la búsqueda de una reforma radical de la vida religiosa en la línea de acercamiento a causas sociales referentes a la justicia y al servicio de los más pobres.

Para entender el radicalismo al que llegó conviene contextualizar sus inquietudes. En los años setenta se vivieron en la Iglesia experiencias de secularización y rompimiento con el pasado. El Vaticano II, mediante la *Gaudium et Spes*, se había abierto al mundo, reconciliado con el progreso y asumido las causas y conflictos humanos como parte de una historia integral de salvación. Estos temas no podían quedar al margen de las inquietudes de los creyentes. Palabras como secularidad, compromiso y liberación entraron en el lenguaje de la teología. Este espíritu marcó un cambio profundo.

Este mismo espíritu se vivía también desde la política y la secularidad. Los jóvenes de entonces asumían con gusto compromisos revolucionarios, alimentados por los grandes maestros del marxismo heterodoxo, como Marcuse y Adorno. La eclosión de estas tendencias culminó en el famoso Mayo del 68 en París. La crítica institucionalizada era su punta de lanza. Los jóvenes, por el hecho de serlo, no podían diseñar un mundo nuevo y por eso no podían decir lo que querían. Ahora bien, tenían claro que el mundo que habían recibido de sus mayores no les gustaba y de ahí la crítica y el desasosiego social.

Estas dos corrientes dieron de lleno en el convento de Alcobendas por aquellos años. La mayoría de los profesores jóvenes de las facultades de Filosofía y Teología, y algunos estudiantes, se habían formado en Centroeuropa y estaban muy en contacto con el subconsciente revolucionario que allí se respiraba. En la comunidad de Alcobendas hubo graves tensiones aunque nunca llegó a romperse. La generación anterior a Julio, y la suya propia, protagonizaron muchas de las tensiones mencionadas.

En el año 1975, estudiando filosofía, Julio, liderando a un grupo de cinco o seis, decidió salir del convento e irse a vivir a un piso en Madrid para demostrar a los frailes cómo debía ser una comunidad de dominicos. Sus actitudes y ademanes eran los de moda en aquella época: protestatarios, melencólicos, agresivos, de ceño fruncido y gran dureza en la mirada y en los gestos. Deambulaban de perdonavidas por el convento. Hacían continuas huelgas de clase, bastante orquestados por otros estudiantes, tildando al resto de la comunidad de beatos ignorantes y desfasados. Yo era el Prior del convento en aquellos años y, aunque el chaval asturiano me gustaba,

veía su causa perdida. La comunidad esperaba el tiempo de la renovación de sus profesiones para mandarlos a todos a sus casas.

\*\*\*\*\*

Pocos días antes de pasarse al piso, otro compañero, llamado también Julio y de apellido Recio, le invitó a un retiro carismático. Ante el asombro del propio invitador, que también, aunque en otra línea, estaba a punto de dejarlo, y ante la inquietud de sus amigos, aceptó ir al retiro. Algo no debía estar claro en el corazón de ambos Julios. Como contaron más tarde, iban por la calle haciendo una “oración” que era también un desafío: “Señor, esta es la última oportunidad que te damos”. Años después todavía les daba vergüenza contar cómo iban por la calle, mirando al cielo, con los puños levantados y amenazando a Dios.

En una carta de 1.976 lo contaba Julio Figar de la siguiente manera: “... Te puedo decir que los dos íbamos a la desesperada y que puse toda mi esperanza en aquel Dios que tantas maravillas hacía en los demás. Desde lo hondo solamente tenía una palabra para ese Dios desconocido: “¡Ayúdame, Señor!” Y el Señor me escuchó. El viernes por la noche me acerqué con la humildad de que era capaz a que un grupo de hermanos oraran por mí. En pocas palabras les resumí mi problema y puse en las manos del Señor mi angustia. Lo que luego sucedió no se podrá nunca escribir porque no hay palabras para explicar el amor de Dios; sólo decirte que sentí que el Señor se acercaba a mí suavemente, llenándome de amor. De algún modo me parecía estar tocando a Dios. Luego una paz profunda que jamás había experimentado. Cuando vi a Recio le dije: “¡El Señor me ha liberado!”, y comencé a saltar de gozo por las calles... Al día siguiente en la efusión del Espíritu volví a sentir con fuerza la mano poderosa del Señor.

Y ahí empezó todo, con la marca y el sello del Señor. En el convento se tornó todo diferente. La gracia y el Amor de Dios hacen libres; y me hicieron libre, completamente libre, para decidir. Sólo estaba condicionado por una experiencia: la del Amor de Dios; pero esto me daba seguridad para tomar cualquier decisión. Me puse completamente en las manos del Señor para que se cumpliera su voluntad plenamente. Es curioso que constataba los problemas que antes me habían influenciado pero de una manera diferente. Eran los mismos, pero diferentes, pues los contemplaba desde una paz profunda.

El Señor me hizo ver muy pronto y muy claro que ya no había razón para irme. Yo estaba curado. Había encontrado la estabilidad interior. Sólo quedaba comunicar mi decisión a los compañeros. Aunque en ningún momento perdí la paz, fue para mí triste y para ellos doloroso. Escuché de todo: que si estaba loco, que qué iba yo a hacer sólo, si me daba miedo el mundo, etc. Para ellos era ya insoportable el quedarse. Para mí comenzaba una etapa de gozo. Y se fueron al piso los cinco con intención de crear algo...”.

\*\*\*\*\*

Muchas veces le he oído a Julio decir que esta experiencia, ahondada por los años es lo que ha predicado siempre en sus charlas y homilías. Experimentó que el Señor vive, que actúa, que ama, que salva. Entonces descubrió la fuerza y la presencia del Espíritu de Jesús. Y el Señor le hizo su testigo, su predicador, su apóstol, proclamando en adelante con una fuerza enorme y una convicción absoluta la resurrección de Jesucristo. Al actuar el Señor dentro de él, ha dado paz y consuelo a un número incalculable de gente. “Consolad, consolad a mi pueblo”. Estas palabras del profeta, que él vivía y pronunciaba con mucha frecuencia, definen muy bien la actuación de Julio. El Señor no le eligió para reñir a su pueblo ni para denunciar a nadie. De esto quedó curado para siempre.

Tiempo después de su experiencia de conversión escribía: “Hoy puedo decir que quiero a esta comunidad (Alcobendas) con toda el alma, y a cada una de las personas como algo muy sagrado, como hijos de Dios para los que hay un plan, como en mí, maravilloso: el plan de Dios. Por esta experiencia puedo relativizar tantas cosas... perdonar otras y comprenderlas todas”.

Así siguió su vida de estudio, con gran ilusión por la Teología y con la meta puesta en el sacerdocio. Poco antes de ordenarse escribía a una persona cercana a la muerte: “ Cuando vea a Dios díglele esto:

*-que le amo y que no puedo vivir sin Él.*

*-que no me abandone nunca.*

*-que tenga misericordia de mis pecados.*

*Díglele también que deseo ser instrumento dócil:*

*-para ejercer el sacerdocio entre mis hermanos.*

*-que puede hacer de mí lo que quiera, pero que no me quite nunca su Santo Espíritu.*

*Dígale que, a veces, siento miedo y que me creo abandonado; pero sobre todo dígame que quiero ser santo y que deseo amarle con todo mi corazón, mi mente, mi ser.*

*Y, al final, me queda lo más importante. Dígame que:*

***“Gracias por el don del Sacerdocio”***

El Señor sometió a Julio dos meses antes de recibir el sacerdocio a una dura crisis de espíritu. No tenía dudas de su vocación ni ninguna otra cosa de la vida o del mundo le atraía. Pero fue conducido a un tremendo desierto en el cual experimentó el abandono, la oscuridad y la muerte. Yo era en aquél momento Maestro de Estudiantes y me contó lo que le pasaba. No le entendí gran cosa y me imagino que no supe decirle nada que le alentara. Era una verdadera purificación al nivel del espíritu que después he tenido ocasión de experimentar en él y en alguna otra persona. La verdad es que en ese caso las palabras de consuelo y compañía de poco sirven, pues la soledad se percibe en unas honduras donde nada ni nadie acompañan. Pero la fe crece maravillosamente. Al final de esta crisis escribía: *“Gracias por las primeras noticias de tu Resurrección que llegan a mi alma como aurora tras larga noche de oscuridad. Amén”*.

El día de su ordenación sacerdotal, 31 de Marzo de 1.979, escribió:

***“Gracias Señor por el día más grande de mi vida. Gracias por el Don del SACERDOCIO. Gracias porque has tomado mi debilidad. Gracias por TODO. SACERDOTE ETERNO. AMEN”***.

\*\*\*\*\*

Han pasado veintisiete años desde la muerte de Julio. Pese a ello sigue siendo un referente dentro de la Renovación carismática y sus charlas gravadas se escuchan y siguen siendo de asombrosa actualidad. Su unción persiste y llega y alimenta a los que le escuchan. Fue un gran predicador. En los dos años y pico que vivió como sacerdote, Julio se dedicó a la predicación. No mostró demasiado interés por formarse algo más, ni intentó decorar su vida con algún licenciado o doctorado. Tenía tanto dentro que se dedicó en cuerpo y alma a trasmitirlo. Recorrió España entera dando retiros y ejercicios espirituales. Su tema

fundamental fue el de la gratuidad de la salvación. La experiencia de su conversión fue totalmente gratuita sin mérito previo ni obras que le avalaran ante el favor de Dios. Fue un pionero y maestro en el tema de la gratuidad. Hace tanto tiempo que murió y es curioso constatar cómo es ahora cuando empieza a oírse en la predicación la palabra gratuidad, que para él fue el centro de su experiencia espiritual y de su predicación. No le permitió el Señor ser artífice de revoluciones sociales, pero sí le hizo un adelantado en la revolución espiritual que está sucediendo en la Iglesia actual.

Julio fundó en el mismo convento de Alcobendas un grupo de oración llamado “La Rosa de Sarón”, que ha sido cuna matricia de gran parte de la teología desarrollada posteriormente en los grupos de la Renovación carismática bajo el santo y seña de la gratuidad. Su instinto juvenil de no aceptación de la realidad transmitida por cierto pasado, le fue reeditado por el Espíritu Santo en los grupos de oración carismáticos. Se dio cuenta de que la pastoral al uso se basaba en las buenas obras, en ser mejores, en los valores propios, en los méritos, en los esfuerzos y sacrificios, en el intento de ganarse el cielo acumulando intereses espirituales, en definitiva, en el protagonismo personal. La pobreza espiritual que es el correlato de la gratuidad estaba ausente de este tipo de espiritualidad que caía sin remedio en las garras del fariseísmo. Para fundamentar una auténtica espiritualidad se debe proceder de otra manera.

Julio no hablaba de gracia sino que la personificaba en el Espíritu Santo, no hablaba de buenas obras sino de dones y frutos del Espíritu, no hablaba de méritos sino de gratuidad. El único santo, el único justo, el único bueno, el único amado por el Padre es Jesús. Dios no nos ama directamente sino a través y por medio de su Hijo. Él es para nosotros justicia y sabiduría. Nuestras obras ni nos salvan ni nos condenan; lo único que nos salva o nos condena es creer o no creer en Jesucristo. En su afán de consolar al pueblo, Julio decía que no podemos considerar nuestros pecados sin referencia al perdón de Dios. Ello nos empujaría a la autocompasión, a mirarnos a nosotros mismos, a la idolatría, en algún sentido, de nuestro propio yo. Y nos impediría la posibilidad de la liberación. Una chica del grupo, diez años más joven que él, le escribió por aquellos días a Julio: “No te encierres en tu miseria, hermano mío. La sencillez que nos pide el Señor está en darse cuenta de que no necesitamos no ser miserables para recibir el Amor y tener salvación.



Nuestros méritos son los de Cristo y están en Él... Nunca caigas en pensar que el día que comienza en cada amanecer es un día que ya conoces o es un día rutinario; eso es mentira, es dejar que el dueño de tu vida sea un hombre viejo ya muerto. Igual de necio es vestirse cada día con el peso de las propias culpas y miserias y encerrarse en el sepulcro sin reconocer que nuestro Dios es generoso y misericordioso, sin ver que estamos desnudos y limpios por la sangre de Jesús que trae el perdón de los pecados”.

## **Fray Pedro Rejero O.P.**

El 10 de Enero de 1982, domingo del Bautismo del Señor, estaba Pedro Rejero, sacerdote dominico, en Madrid, en una habitación del convento de San Pedro Mártir, de la carretera de Alcobendas, sumido en una profunda depresión. Sentía que se moría. Eran las tres de la tarde. La celda estaba sin calefacción, congelada por el frío exterior y el que hacía tiritar cada una de las células de su alma. Cogió papel y pluma para escribir una carta a sus familiares. En ella quería anunciarles su muerte inminente, no por suicidio sino por depresión extenuante y terminal. Pese al frío su frente chorreaba gotas de sudor. Era un ser desestructurado y a punto de perder toda identidad.

De repente, eran las tres de la tarde, recibió una luz como la de San Pablo camino de Damasco. Lo entendió todo. Lo primero que hizo fue levantar su brazo de sacerdote y absolver a las personas que desde los cinco años le habían extraviado. Vio sus rostros con toda nitidez. Después se levantó, se lavó la cara y se fue a la parroquia de Jesús Obrero, en San Blas, donde yo estaba de coadjutor. Teníamos invitados aquel día y aún estábamos a la mesa. Me extrañó mucho verlo aparecer porque hacía muchos meses que no sabía de él. Después de los saludos, se sentó como uno más, hasta que en un momento propicio me pudo decir: “Confíesame”.

Le llevé a mi habitación que estaba contigua, me senté en la cama y él en una silla y se confesó. Lo único que me dijo fue: “Me confieso del pecado original, del pecado de Adán y Eva, de haber querido ser Dios”. Yo, como un doctrino, esperé a que dijera algo más. Como no decía nada, le

pregunté: “¿Nada más?”. “No, nada más”. No entendí nada. A mí me parecía poca confesión. No obstante, me di cuenta de que en aquella brevedad se escondía una experiencia honda. Sin más averiguaciones, le di la absolución y nos fuimos con los demás.

\*\*\*\*\*

Desde aquel momento, apenas se separó de mí aunque vivíamos en distinto lugar. Poco a poco me fue contando toda su trayectoria que a groso modo yo ya conocía. Tenía cuarenta y seis años, uno menos que yo. Provenía de una familia minera y labradora. Su padre tenía que hacer cada mañana una larga caminata de más de dos horas a pie, inimaginable ahora, para ir a trabajar a la mina, haciendo por la tarde el mismo camino de retorno. Estudió el bachillerato en un internado según el uso de la época, pasando al noviciado en el convento de San Pablo en Palencia, y después a Salamanca para cursar la Filosofía y la Teología. Más tarde hizo otros estudios civiles complementarios.

Fue un hombre muy inteligente, estudioso y serio. Al poco tiempo de terminar la carrera le nombraron submaestro de Estudiantes, pasando a ejercer dicho ministerio a Las Caldas de Besaya en Cantabria. Como dijo más tarde: “Nombraron a un fariseo para enseñar a otros a ser fariseos”. Se propuso conseguir la más alta santidad. Para eso se ejercitó todo lo que pudo en su relación con Dios. Estuvo así bastantes años sin conseguir una sola noticia. En un momento dado se enfrentó con el mismo Dios: ¿”Qué es lo que hay que hacer para sentir algo de ti? Llevo años luchando y trabajando y siempre me das la callada por respuesta. ¿Es que no puedes decirme algo? Tu silencio me destroza”. Dios mantuvo con él un silencio absoluto e impenetrable.

Entonces le crecieron todos los demonios. Comenzó a preocuparse de sí mismo, de sus estudios civiles, de hacer una carrera en este mundo, a la vez que abandonaba poco a poco su condición religiosa y sacerdotal. No se preocupó de arreglar un solo papel ni de dar oficialidad a su abandono del sacerdocio. Lo cierto es que se dedicó a sus oposiciones y a ganar sus cátedras con las que comenzó a dar clases y a ganarse la vida fuera del convento. Así pasó muchos años.

\*\*\*\*\*

En el verano de 1976 apareció Pedro por el convento de San Pedro Mártir de la carretera de Alcobendas. En ese momento era yo Prior. Pidió permiso para estar una semana y estuvo cinco años y eso que pertenecía a otra provincia religiosa de la Orden. Venía destrozado. Daba clases en Toledo y, tal vez, también en Alcalá. Digo tal vez, porque en el tema de sus clases y en otros asuntos, nunca me aclaré ni fue él claro, hasta después de su conversión. La depresión le iba ganando terreno. Era un ser sin norte, sin hogar, sin fijeza, ni seguridad, ni claridad. Apenas se integró en la vida de comunidad y no participaba del coro y de la vida espiritual del convento. Somatizaba de continuo su malestar psicológico con frecuentes enfermedades y diarreas que le torturaban. Necesitaba salir del convento, cenar fuera, charlar y desahogar su ansiedad. Lo cual no impedía que fuera genial porque en muchos aspectos lo era. Pese a la depresión seguía siendo una persona brillante, inteligente, actual, especializado en multitud de materias, lo cual hacía una delicia el poder escucharle.

En sus relaciones con Dios la frialdad era total. El divorcio interior parecía no tener remedio. Uno de los temas en los que ejerció mejor su espíritu burlesco fue el de la Renovación carismática. En el convento había un grupo de oración, llamado “La Rosa de Sarón”, al que asistíamos la mayor parte de sus amigos, lo cual no le impedía mostrar su rechazo al sentimiento religioso que de él se desprendía. No obstante, de una manera furtiva y anónima y, como a través de celosías, iba enterándose de cosas que hacíamos en el grupo; en un principio las utilizaba para la crítica pero que al final pudieron más que su obstinación. La verdad es que la situación de Pedro era preocupante y logró preocuparnos.

Con unas previsiones tan trágicas llegó el 10 de Enero de 1982. Diez días antes, el primero de ese año, había muerto en accidente de tráfico, Fray Julio Figar, un joven sacerdote de veintisiete años, fundador del grupo de oración mencionado, con el que Pedro compartía frecuentemente. A pesar de que no llegaron a tres años los que vivió como sacerdote, Julio fue un gran predicador muy conocido ya dentro de los grupos de la Renovación carismática de toda España. Julio le había dicho, que iba a conseguir del Señor su conversión, de lo cual Pedro se burlaba sin que dejara de atraerle el estilo y la unción del joven amigo. La coincidencia de fechas apunta a algo más que pura casualidad.

La verdad es que Pedro recogió el testigo de Julio. Se había truncado trágicamente la esperanza de un predicador joven y prometedor. Le siguió, sin embargo, otro, ya hecho, que durante 18 años anunció por toda

España con una fuerza muy especial la gratuidad de la salvación de Dios. Como otro Pablo, vivió en sí mismo una experiencia de salvación tan gratuita e inesperada, que en el resto de su vida no pudo anunciar otra cosa que esa gratuidad de Dios. Si a él le ocurrió así ¿por qué no a cualquier otro? Su sacerdocio roto y sin futuro terminó siendo un ministerio maravilloso de salvación para otros. Siempre que daba ejercicios a sacerdotes, después de contar su testimonio, se formaba una larga cola de los que querían hablar con él. Un cura viejito se le acercó en una de estas ocasiones y le dijo: “Pedro, yo igual que tú, solo que setenta y cinco años”.

\*\*\*\*\*

Vayamos por partes. Pocas semanas después de su conversión, Pedro me dejó perplejo. Me dijo nada menos que tenía que hacer su primera comunión y, además, que teníamos que celebrarlo. Pensé: “¿Cómo? ¿Un sacerdote ya de muchos años tiene que hacer la primera comunión?” Me eché a reír; pero la cosa para él no iba en bromas. Me reconvino diciendo: “No creas que es una broma. Tengo que hacer la primera comunión desde la gracia de Dios. He hecho muchas comuniones desde mí mismo, pero esas no me valen, no las considero limpias en absoluto”. Así se hizo y lo celebramos con una buena paella, de las que era experto cocinero.

Otra de las cosas que no entendía en él es que seguía, pese a la conversión, sin decir Misa ni actuar como sacerdote. Ya habían trascurrido casi tres meses de la conversión y, en un retiro, sin darme cuenta, le dije que se pusiera a confesar, dada la cantidad de gente que esperaba. Más tarde me contó que se había puesto nerviosísimo ya que tenía la convicción de que no era sacerdote pues se había ordenado desde sí mismo y por su propia iniciativa. En aquel momento tuvo como una especie de revelación en la que vio la última cena. El lugar de Cristo lo ocupaba Julio, su amigo. Éste le hizo señas con el dedo que viniera y se sentara: “Ven acá, tú perteneces a este grupo”. Aquella misma noche, cuando me llevaba en su coche a San Blas, iba exultante contándome toda la experiencia. Tenía una alegría enorme de que el Señor hubiera convalidado su sacerdocio tan mal recibido. Desde ese momento podría decir Misa, cosa que deseaba con toda su alma.

Poco tiempo después me dijo: “Si soy sacerdote, seguro que soy dominico y si soy dominico lo que tengo que hacer es presentarme a mi

provincial”. Le confirmé en su presentimiento. Llamó al Provincial, después de quince años, y se entrevistó con él. Le dijo que escogiera el convento donde quisiera ir. Pedro le contestó: “No, padre, no. Llevo muchos años haciendo mi voluntad y ahora quiero obedecer, cosa que no he hecho nunca”. El provincial le mandó a unos pisos que tenían en Vallecas y así se integró de nuevo en su provincia.

\*\*\*\*\*

Una conversión como la de Pedro es una experiencia muy curiosa: le sume a uno en el gozo y en la certeza pero también en un hondo vacío interior. El mundo religioso que habías almacenado en tu cerebro no te sirve de nada. No sabes qué hacer. San Pablo se fue tres años al desierto, se supone que a orar y a reconstruirse por dentro. Después subió a Jerusalén a conocer a la Iglesia y a sus dirigentes, desapareciendo de nuevo durante largos años en su pueblo de Tarso. Pedro, igualmente, no sabía lo que le había pasado, no tenía palabras y lenguaje para expresarse en la nueva experiencia. Tardó muchos años en reasimilar desde los nuevos parámetros vivenciales, la teología que había estudiado anteriormente.

El hecho es que quedó como un niño. “¿Qué hago?”, me decía. Le propuse que encauzara su experiencia a través del grupo carismático que había en el convento, “La Rosa de Sarón”. Era el lugar donde mejor podía traducir todo lo que le había pasado ya que en esos grupos se escuchan muchos testimonios semejantes al suyo. Allí también iría poniendo palabras y asumiendo el lenguaje que le hiciera más consciente del don recibido. Pedro obedeció sin rechistar aunque no le gustaba mucho ese grupo. En primer lugar porque se había burlado anteriormente de él y, además, porque, en aquella época, abundaban en él las chicas jóvenes, de la misma edad que las que tenía en clase. Le costó trabajo asumir que aquellas chavalillas le pudieran enseñar algo. Aunque humilde y sonriente, me hizo notar estas dificultades.

Sin embargo, la Rosa de Sarón le transfirió la palabra clave de su vida: la gratuidad. Me consta que en el terreno religioso, no la había oído nunca. Sin embargo, esa palabra le iluminó y sobre ella reconstruyó toda su teología. Esta fue la gran herencia que Julio le donó. Igual que San Pablo, el resto de sus días lo dedicó a predicar la gratuidad. Ni obra alguna, ni mérito, ni sacrificio, ni deseo especial precedió al regalo de la nueva vida. Dios quiso que quedara bien claro que era amado por pura

benevolencia, que nadie merece la salvación, que a Dios no se le conquista, que no entra en el mercado de nuestras compras y ventas. Es él el que lleva siempre la iniciativa.

Pedro durante la juventud y primeros años de sacerdocio hizo lo indecible por acercarse a Dios. Activó todas sus fuerzas y posibilidades, pero todo fue un fracaso. Desde los cinco años, dada su extraordinaria sensibilidad, quiso ganarse a Dios y en esa tensión pasó largo tiempo. Dios no le ahorró ni un sufrimiento, le dejó actuar sus fuerzas humanas hasta el agotamiento y la depresión. San Pablo dice de sí mismo que llegó a ser un insolente, blasfemo y perseguidor, Pedro no lo fue en la misma línea, pero tan bien llegó hasta el fondo de cierta insolencia y cinismo. Ambos tenían que predicar una gracia limpia, no contaminada por obra alguna de propia justicia sino basada en la total confianza en la justicia de Cristo.

Su conversión, pues, no fue a las obras buenas, ni a ser mejor sacerdote o mejor dominico. No eran problemas morales los que estaban en juego. No era cuestión de ser bueno o ser mejor, sino de ser. San Pablo lo llama nueva creación. El problema de la bondad y de las buenas obras, cuando no nacen de arriba, es algo que pertenece a la dimensión de la ley o de la moral y engendra fariseísmo. Esta falsa postura delante de Dios pivota sobre una serie de bases que él llamaba, soberbia, fariseísmo, el yo, la fachada, las apariencias. El día de su iluminación vio la mentira de toda su vida anterior. Desde ese momento su predicación arremetió contra esa mentira a la que mucha gente está sometida y que cierra la perspectiva de la figura amorosa y gratuita de Dios.

“Todas estas actitudes fariseas, decía Pedro, bloquean la entrada en la gratuidad de Dios. No dejamos a Dios ser Dios en nosotros, no permitimos que su encarnación pase por nuestras vidas. La soberbia no consiste en otra cosa que en vivir desde uno mismo. El nivel de acogida de la gratuidad señala el nivel de humildad y de santidad de una persona o de un grupo. Lo malo es que la soberbia y el fariseísmo son posturas perfectamente racionales. Ahí está su peligro. Se apoyan en la razón humana, la cual justifica todo lo suyo. Desde ahí le exigía yo a Dios que hablara conmigo en mi lenguaje. Es que desde tu razón eres bueno, eres inocente, no haces daño a nadie, trabajas por el bien de los demás, eres honorable y digno de toda honra. No te das cuenta de que vives de apariencias; al contrario, crees que mereces el aplauso y la benevolencia de los demás. Aunque por dentro estés muerto, vives de la fachada. No hay un gramo de autenticidad en tu vida y si la fachada se derrumba te

mueres, como me sucedió a mí. El fariseo es una persona que lo puede hacer todo por Dios, con tal de que Dios no le toque ni una pizca de su vida”.

\*\*\*\*\*

El domingo, 18 de Julio de 1999, hacia las nueve de la mañana, moría Pedro Reyero de un infarto fulminante en la cocina de la casa que le vio nacer hace 62 años. Era natural de Renedo de Valdetuejar, pueblín leonés en la Cordillera Cantábrica, cerca de Riaño. Había pasado una noche insomne, con mucho desasosiego. En el momento en que lo iban a trasladar a León le llegó la muerte.

La noticia corrió como la pólvora. Nadie se lo creía ante el estupor y la sorpresa, pero él yacía exánime en el escaño, ajeno a todos los esfuerzos que se hicieron para reanimarlo y a las lágrimas y nervios de su familia. Para él había llegado la conclusión; a los demás, nos quedaban multitud de vivencias y recuerdos que pugnaban por aflorar a la memoria, además de varios centenares de cintas donde ha quedado grabado su mensaje, precintado ya con el sello de la muerte. Ni él mismo podrá cambiarlo. Lo dicho, dicho está. Lo que ha dado vida a multitud de personas, ahí nos queda, para que siga transmitiendo el espíritu poderoso que brotaba de su palabra.

A lo largo de los últimos diecisiete años, Pedro, como hemos dicho, no predicó otra cosa que su propia experiencia de gratuidad. Dada su trayectoria, no es extraño que en su predicación sonaran poco temas como el esfuerzo, el mérito, las obras, cautelas y renunciaciones y, en cambio, proclamara con fuerza la gratuidad, la misericordia, la pobreza de espíritu, la aceptación de la propia imagen, la sanación interior, la fraternidad y el don de la comunidad. Por el primer camino él lo intentó todo y sólo cosechó frustración, en el otro, descubrió a Jesucristo y la alegría del Espíritu Santo. Son muchas las personas que, a través de Pedro, han recibido la buena noticia del amor gratuito y salvador del Señor.

El lunes, día 19, enterramos a Pedro en el pequeño cementerio de su pueblo. Allí descansa, junto a sus padres, bajo la sombra protectora del pico de Peñacorada. Una mujer del pueblo comentaba con otra al volver del cementerio: “Este hombre debía casar a mucha gente; nunca he visto a tantos jóvenes llorar en un entierro.” En la agenda de ese año escribía Pedro el día 10 de Enero, también fiesta del Bautismo del Señor: “Tres de

la tarde. 17 años. San Pedro Mártir. GRACIAS". Igualmente nosotros damos gracias a Dios porque Pedro existió y nos lo puso tan cerca.